

ESCRITORES Y LIBROS DE HISPANOAMERICA

Por JOSE SANZ Y DIAZ
Catedrático de la Academia de la Historia de Venezuela



El ecuatoriano Rumazo

TRABÉ conocimiento con la interesante personalidad literaria de don José Rumazo González, actual Ministro del Ecuador en España, allá por el año 1932 y a través de sus primeros libros poéticos: *Proa*, *El nuevo clasicismo en la poesía* y *Altamar*, en aquella notable «Biblioteca Ecuatoriana» de la Editorial Bolívar, de Quito, que él dirigía en unión de su hermano Alfonso, poeta, crítico y novelista de gran valía, que vió la luz en 1903. En *Siluetas Líricas*, un libro quiteño de 1932, se dice, muy justamente por cierto, que «muy contados poetas tendrán en el Ecuador la originalidad, la imaginación, la técnica estética y el poder de inspiración que José Rumazo González», y eso que *Proa* y *Altamar*, sus primeros libros, no eran más que los aleteos iniciales. Este juicio se había de ver confirmado entre nosotros, en la Meca intelectual hispánica de Madrid, al publicar Rumazo otro libro de versos, de mérito superlativo, *Raudal*, pues ha merecido elogios razonados de críticos tan exigentes como

Gerardo Diego, de la Real Academia Española, y Enrique Casamayor, ilustre y agudo comentarista del mundo cultural hispanoamericano. Hace el académico un largo y sereno ensayo para demostrar que «la poesía de Rumazo es de aquellas que reúnen, junto a los valores puramente estéticos, los morales y generosamente humanos». Y Casamayor, al comentar el fervido homenaje de admiración y de simpatía que la intelectualidad madrileña tributó al gran poeta y diplomático ecuatoriano, reconoce que «José Rumazo, un excelente poeta de hoy, un formidable cantor de la poesía de los pueblos hispánicos mañana, es un puntal más en la arquitectura levantada por los Leopoldo Marechal, Roque Esteban Scarpa, Stella Sierra y Pablo Antonio Cuadra», sin olvidar a Anzoátegui y Goyeneche. En suma, que José Rumazo es un poeta de rara perfección espiritual, de exquisita sensibilidad y de estilo moderno.

Pero es que también el autor de *Raudal*, remanso antológico al que confluyen todos los frescos arroyos de su poesía, es un erudito e investigador concienzudo, para el que no tienen secretos los Archivos hispánicos de Sevilla, Madrid y Simancas, como lo prueban sus obras *La región amazónica del Ecuador en el siglo XVI* y *Documentos para la Historia de la Audiencia de Quito*, que ha publicado en Madrid; en la capital de su patria publicó antes cuatro volúmenes con los *Libros del Cabildo de Quito (1534-1541)* y otro en torno a *El Ecuador en la América prehistórica*.

Y como transición entre el poeta y el escudriñador de archivos, sus bien encuadrados dramas históricos *Sevilla del Oro*, cuya acción acontece a mediados del siglo XVI, en la región amazónica de la Audiencia quiteña, y *La leyenda del Cacique Dorado*, de época anterior e igual unicación geográfica, ambos escritos en prosa; pero de una gran belleza poética en la evocación y en el mito.

Vida y obras del uruguayo Vallejo

Interrogado en Lima el ilustre hispanista y entrañable amigo nicaragüense Pablo Antonio Cuadra, y al hablar de la monumental antología de poetas hispanoamericanos que prepara, señaló, como uno de los valores más descollantes del primer tercio del siglo xx, al poeta uruguayo Carlos María Vallejo, muerto en mayo de 1946 a bordo del vapor brasileño «Santarem», cuando lo conducía de Nueva York a La Habana. Realmente, Vallejo es un poeta hispanouruguayo, pues aunque nació en Montevideo, donde cursó estudios en la Universidad, para dedicarse más tarde al periodismo y a la diplomacia, el hecho es que vivió largamente en España, a la que amaba entrañablemente y que en su libro popularísimo *Los maderos de San Juan* se halla la emocionada evocación española unida a la nota americana. Carlos María de Vallejo pertenece a la generación de poetas ultraístas, pues hace casi treinta años su nombre literario figuraba al lado de los Gerardo Diego, Cansinos-Assens, Adriano del Valle, Juan Larrea y Ramón de Basterra, entre otros, como Guillermo de Torre. En Madrid publicó su libro *Disco de señales*, obra inicial de una nueva técnica lírica; había fundado en Cádiz la revista *Renovación* y colaboró asiduamente en las rotuladas *Gallo*, *Mediodía*, *La Gaceta Literaria* e *Isla*.

Pero no adelantemos el curso de los acontecimientos biográficos con el salto a su estadía en España, que fué de más de ocho años. En Montevideo alcanzó los últimos tiempos de la *Torre de los Panoramas*, participó de la inquietud idealista y romántica de su tiempo, actuó en cenáculos literarios de renombre y fué coeditor de la conocida revista *Tabaré*. Por entonces editó sus libros de iniciación poética *Elegía pasional* y *Las horas galantes*, espléndida promesa de un temperamento original y de una rara sensibilidad que habían de dar líricamente ubérrimas cosechas en un futuro próximo. Madura su formación con la lectura, los viajes y los contactos europeos; Vallejo, ya anclado como Cónsul de su país en las costas andaluzas, fué desgranando en sus libros el rosario maravilloso de su poesía: *Salutación a la belleza*, *Castillos*

en *el Aire*, *El arquero versátil*, *El alma de Don Quijote*, *La capa de don Juan*, *El penacho de Cyrano*, *Los maderos de San Juan*, *Disco de Señales* y *Sonetos barrocos*. Durante su estancia consular en Venezuela concibió, inspirado por el escenario en que actuó Bolívar, su *Romancero del Libertador*.

Con razón dijo un crítico que Vallejo «fué un poeta saturado de casticismo clásico, español hasta la médula, pero embriagado por la modernidad lírica y tocado por el mordiente de las escuelas antipreceptistas. De esta curiosa amalgama surgieron cuadros, viñetas y notas líricas que tienen la espontaneidad, la frescura, la gracia y el ingenio de los poetas del Siglo de Oro, y la inquietud, la ironía, el dolor y la angustia de los poetas de este atormentado momento que vivimos de la historia del mundo». Dejó inéditas varias obras, que tal vez sean las más logradas en su ascendente proyección espiritual, como frutos de madurez literaria y de la gran cultura adquirida en su largo y fecundo peregrinar diplomático, pues residió sucesivamente en Argentina, Brasil, Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Alemania, Bélgica, Portugal, Italia, Marruecos, España, Chile, Perú, Venezuela, Brasil otra vez y Cuba, donde no pudo llegar a hacerse cargo del Consulado general del Uruguay, por que la muerte le sorprendió en ruta.

Acaba de morir el mejor escritor costarricense

En la capital de Costa Rica, en San José, nombre católico que evoca su noble progenie hispánica, ha muerto, el 14 de febrero de 1950, el Presidente de la Academia Costarricense de la Lengua, Correspondiente de la Real Academia Española, don Ricardo Fernández Guardia. Este gran hispanista era, junto con Roberto Brenes Mesén y el actual Ministro Plenipotenciario de Costa Rica en Madrid, Excmo. Sr. D. Luis Dobles Segreda, el más ilustre de los escritores costarricenses de fines del siglo pasado y mitad del actual, y el más representativo de nuestra cultura en Centroamérica. Por su obra *Cosas y gentes de antaño*, fué considerado por la crítica más exigente como el Ricardo Palma de Costa Rica, lo mismo que

por sus bellísimas *Crónicas coloniales*, serie de libros estupendos en los que cultiva lo vernáculo y pretérito. Evoca Fernández Guardia en ellos la grandeza del pasado imperial hispánico y las hazañas de los conquistadores que surcaban los mares o atravesaban selvas vírgenes, llenas de peligros.

Había nacido en 1863 y es autor de *Hojarasca*, 1894; *Cuentos ticos*, 1901; *Magdalena*, 1902; *Historia de Costa Rica durante la dominación española, 1502-1821*, 1905; *Colección de documentos para la historia de Costa Rica*; *Cartas de Juan Vázquez de Coronado, Conquistador de Costa Rica*, 1909; Barcelona, 1908; *Cartilla histórica de Costa Rica*, 1909; *Reseña histórica de Talamanca*, 1918; *La Miniatura*, 1920; *Cosas y gentes de antaño y Crónicas coloniales*, 1921, aparte de otros libros menores y de abundantes estudios en revistas literarias y científicas.

Sus *Cuentos ticos*, indígenas, son emocionantes, graciosos, amenos y rebosan encanto autóctono. Merecieron varias ediciones en San José y ser traducidos al francés y al inglés: *Contes de Costa Rica*, por el Conde Maurice de Pèrigny, París 1924, y *Costa Rican Short Stories*, por Gray Casement, Cleveland (Ohio), tres ediciones agotadas. Harry Weston van Dyke tradujo otra obra de Fernández Guardia con el título de *History of the Discovery and Conquests of Costa Rica*, Nueva York- 1913.

Joaquín García Monje, que prologó la segunda edición de *Cuentos ticos*, en 1926, dice que es «libro de mucho suceso en las letras costarricenses». Cultiva Fernández Guardia en ellos lo vernáculo y pretérito, siendo sus narraciones criollas —ticas, rurales— y sus cuadros de costumbres autóctonas, en cuanto a fábula, tipos, escenas y paisajes. No ahonda psicológicamente; pero pinta con gran colorido y sobriedad. Su estilo es sencillo y directo, cáustico y gracioso a la vez. El prologuista antes citado afirma rotundo: «No sabemos de otro libro costarricense que haya logrado tanto honor y fama. Bien podría decirse, pues, que don Ricardo Fernández Guardia tiene en el exterior la representación literaria de Costa Rica. Lo merece en verdad. Creo que es el sólo caso entre nosotros de escritor consagrado exclusivamente a su varia tarea:

investigaciones históricas propias, trabajos literarios, traducciones de lo que sobre Costa Rica han escrito viajeros curiosos, cultura personal. Y en tales disciplinas invariable, la probidad artística, que es anhelo de hacer las cosas con primor.»

Don Ricardo Fernández Guardia era, ante todo, un formidable narrador. Le gustan las mujeres frágiles y bellas, le chocan las señoras sabihondas, las solteronas gazmoñas, las feas, las jamonas mestizas; se ríe de los caballeros gordos y de buen apetito, que roncan dormidos, lo mismo que de las niñas cursis y de los advenedizos con pretensiones. Se burla, a ratos, de lo que observa y, a ratos, moraliza. Añora los tiempos españoles de la colonia y dice: «Aquellas buenas gentes cuya sencillez y modestia hemos olvidado por un fasto de pacotilla.»

Como historiador y cronista no tiene precio. Intentó, con algún éxito, escribir para el teatro, con una comedia titulada *La Magdalena*. En otro ambiente más propicio hubiera triunfado plenamente en este aspecto de su gracioso laborar literario.

Tal era el hombre de letras que Costa Rica acaba de perder y a cuyo luto se asocia de corazón España y, con ella, todo el mundo hispánico.

